

UNA ENCUESTA INTERNACIONAL SOBRE LA ORGANIZACIÓN DE LA INVESTIGACIÓN EN LAS CIENCIAS HISTÓRICAS

I. FINES DE LA ENCUESTA. TEXTO

RESULTADOS ESTADÍSTICOS

Acaso sorprenda el encontrar en una revista de Pedagogía una encuesta sobre la organización de la investigación en las ciencias históricas.

Ello es debido, por una parte, a que tal encuesta—relacionada no sólo con la historia política, sino también con la historia del arte, del pensamiento, de la religión, del derecho, de la técnica, de la economía, de los idiomas y de las literaturas—habría desbordado el campo de acción de cualquier instituto de historia particular. Y, sobre todo, es debido a que nuestro propósito no se refiere cabalmente a la filosofía, lógica o metodología de las ciencias históricas, sino más bien a la administración y, aún más, a la *moral* de la investigación; y nos ha parecido que estos problemas no eran distintos de los que plantea la educación. Se trata aquí, más bien que de historia, de una especie de «pedagogía» de la investigación histórica, de una pedagogía, ciertamente, de los maestros y no de los discípulos, en la que el que guía se identifica con el que es guiado.

Incoherencia de las investigaciones históricas.

Las diversas ramas de las ciencias históricas han producido una masa inmensa de trabajos en el transcurso de los últimos cien años.

Esta producción es singularmente incoherente. Con demasiada frecuencia un mismo tema constituye casi al mismo tiempo el objeto de varios trabajos que no se diferencian, mientras que otros temas quedan abandonados. O bien, muy frecuentemente, los trabajos repetidos se desconocen entre sí, de forma que ni se completan ni se comprueban. Muy a menudo diversos países (e incluso diversas instituciones de un mismo país) emprenden obras de conjunto idénticas—ninguna de las cuales da cuenta perfecta del estado actual de los conocimientos—en lugar de poner sus medios en común para realizar en conjunto un

trabajo exhaustivo, controlado y publicado de forma que pueda ser sistemáticamente corregido y puesto al día. Muy frecuentemente, los historiadores utilizan cifras (fechas, precios, etc.) sin que exista sobre las unidades de medidas históricas la inteligencia necesaria que daría sentido a las cifras.

La necesidad de organización.

Esta «incoherencia» de la investigación no ha sido siempre un mal. Durante el siglo XIX, cuando las ciencias históricas se hallaban todavía en formación y cuando casi todo estaba por hacer, la organización de la investigación no sólo era imposible, sino dañosa. Se trataba al principio de acumular el mayor número de datos sobre todos los aspectos de esta inmensa «terra incógnita» que era el pasado, y para esto no valía nada tanto como la iniciativa de exploradores individuales. Poniendo otra comparación, era entonces la fase de equipo de las investigaciones históricas, y lo mismo que ocurre en la instalación industrial, el método mejor era, sin duda, la libre concurrencia en la que cada uno trabaja para sí, a pesar del desorden y de los gastos inútiles de energía.

La fase de las investigaciones monográficas—que son también investigaciones individuales e individualistas—fué, por consiguiente, una fase necesaria. Pero ¿no ha pasado ya esta fase? Hoy la investigación individualista corre el riesgo de acumular ciegamente datos y ahogar la ciencia naciente bajo la acumulación de resultados y de detalles que ningún espíritu humano podría abarcar en su conjunto. Esto no quiere decir de ningún modo que la libertad del investigador y la iniciativa sean inútiles; pero a estas virtudes siempre esenciales, se deben añadir—no sustituir—virtudes nuevas: la solidaridad en la investigación y el sentido de organización.

Se ha discutido mucho para saber si las ciencias históricas eran susceptibles de adquirir una precisión análoga a la de las ciencias físicas. Se trata de una querrela inútil; en materia científica, el progreso se demuestra progresando; para que las ciencias históricas puedan progresar eventualmente, importa que posean en adelante un mínimo de organización. Un perfeccionamiento estrictamente técnico de los métodos históricos (técnicas de las excavaciones, de la epigrafía, paleografía, filología) no es suficiente. Como en el campo industrial, a las cuestiones de orden técnico se añaden cada vez con más insistencia cuestiones de orden humano: organización del trabajo, tipificación de los métodos, explotación racional de los resultados.

Hablando de una manera más concreta, nos parece que sería urgente realizar:

1.º *Una inteligencia mínima sobre el lenguaje histórico.*—Las ciencias físicas poseen un lenguaje matemático generalmente aceptado. Algunos piensan que tal lenguaje matemático se puede aplicar—parcialmente al menos—a las ciencias históricas y preconizan, por ejemplo, la utilización de métodos estadísticos o el empleo de un sistema de estimación cifrado de la autenticidad y veracidad de las fuentes. Otros opinan que toda tentativa de introducir las cifras en la Historia está condenada al fracaso, debido a la naturaleza misma del hecho histórico.

Acaso fuera posible, en lugar de discutir *a priori* sobre las posibilidades científicas de la Historia, hacer de una vez una tentativa seria en tal sentido. Y ver hasta dónde se puede ir; sin duda, más lejos de lo que creen unos y menos lejos de lo que pretenden los otros, y, casi seguramente, de otra manera.

En todo caso, incluso sin hablar de cifras, sería útil ponerse de acuerdo sobre ciertas convenciones. Así se podría intentar entenderse sobre el sentido de los nombres de los diversos períodos (antigüedad, edad media, tiempos modernos, época contemporánea), de los estilos (románico, gótico, renacimiento, barroco, rococó, romántico, etc.). Estas no son más que palabras, y un acuerdo sobre su empleo no implicaría en modo alguno las realidades que pueden designar; se trata solamente de que todos hablemos el mismo lenguaje (lo que no impediría tener en este lenguaje la mayor libertad de opinión). ¿Es esto una disciplina excesiva?

Igualmente, sería útil fijar con la mayor precisión posible el valor de las medidas de la historia económica, y cuando se cita una suma en ducados, libras o florines, añadir sistemáticamente el valor en un equivalente común a los diversos países y a las diversas épocas. Es posible que este equivalente sea muy complejo; pero la dificultad de la empresa no es una excusa para renunciar a ella.

¿Y no habría lugar, en historia del arte y en literatura, para señalar que sin otra indicación, una fecha indique siempre sea el comienzo o el fin de su composición, sea su aparición? Los *Pensamientos*, de Pascal, se comenzaron hacia 1658, se detuvieron a la muerte del autor, en 1662, y se publicaron en 1670. ¿Cuál es su fecha?

2.º *Una presentación cómoda de los resultados adquiridos.*—Ya hemos dicho que la producción actual se halla muy dispersa. Sería muy útil que equipos de historiadores aceptasen el consagrarse a un trabajo de recopilación, de comprobación (por medio de la confrontación de opiniones diversas) y de presentación de los hechos bajo una forma tipificada. No se trata de construir síntesis audaces, sino sencillamente de unir lo que se halla disperso. Unos «corpus» que diesen bajo una forma constante, en un idioma tan conciso como fuera posible, el estado de los conocimientos (y también de las ignorancias), con listas ordenadas de fuentes y bibliografía (éstas brevemente comentadas) bajo un tipo de encuadernación que permitiera adiciones y correcciones sistemáticas, representarían para la investigación ulterior una enorme economía de tiempo y esfuerzos.

3.º *Un plan internacional de investigación.*—No queremos un reparto obligatorio de las investigaciones, sino una especie de mapa, puesto continuamente al día, de las investigaciones existentes y en marcha, mapa que pondría de relieve las zonas de investigación actualmente saturadas y las vacías o casi vacías; mapa que permitiría eventualmente acuerdos fructíferos para todos sobre el reparto de las zonas a estudiar entre los diversos organismos de investigación, universitarios, nacionales e internacionales.

La organización no puede ser una imposición procedente del exterior; es una nueva actitud intelectual y moral del historiador.

Pero es preciso repetir aquí que la organización no podría ser impuesta. Ningún individuo, y mucho menos un organismo—nacional o internacional—, está calificado para establecer las normas del lenguaje histórico, decidir el estado de los conocimientos o fijar la distribución de tareas. Semejante dictadura de la investigación histórica sería, indudablemente, aún más ridícula que odiosa.

La organización de la investigación histórica sólo puede ser obra del conjunto de todos los historiadores. Cuando hablamos aquí de organización de la investigación, pensamos menos en crear alguna comisión internacional de la organización de la investigación histórica que en suscitar el espíritu de organización.

En la medida en que la Historia es un arte—evocación del pasado, y, por así decirlo, «búsqueda del tiempo pasado»—, la Historia es una obra individual. En la medida en que es o quiere ser una ciencia, no podría ser estudiada más que colectivamente. La cuestión no consiste en debatir los méritos comparados de la Historia-arte o de la Historia-ciencia; son cosas diferentes. Decimos solamente que la Historia-ciencia debe aceptar las disciplinas intelectuales y morales que lleva implícitas la ciencia.

En todos los campos—anteriormente en Química o en Astronomía y hoy en Historia—la investigación en el período precientífico es un asunto individual, porque no hay nada todavía sólido y preciso acerca de lo cual se podrían entender los diversos investigadores. Individual, la investigación precientífica está, naturalmente, sujeta a la servidumbre del egoísmo: emoción, partidismo, orgullo y, en último término, mentira. Individual, el trabajo precientífico tiende a buscar antes el éxito personal que la verdad general. De ahí proviene el deseo de originalidad a toda costa que se encuentra en los mejores historiadores; se quiere descubrir alguna cosa nueva (el documento inédito, la obra desconocida, el emplazamiento arqueológico insospechado); se quiere a toda costa tener un punto de vista diferente del predecesor; se quieren realizar vastas síntesis y encontrar por cuenta propia el sentido general de la Historia. De ahí la tendencia a encerrarse en una erudición prohibida al profano o, por el contrario, la tendencia a la paradoja y el empleo de un tono retórico que intenta más bien convencer que demostrar. De ahí también la utilización constante de la Historia para fines ideológicos o políticos que, a fin de cuentas, son fines personales.

Al decir esto no juzgamos a los pobres historiadores desde la alta cima de nuestra sabiduría; pensamos en nosotros a la vez que en los demás y nuestras primeras observaciones son de orden introspectivo. Los defectos de la mentalidad histórica actual no son privativos del uno o del otro; son inherentes al estado actual de la Historia. El químico y el astrónomo de la Edad Media eran en gran parte incautos y charlatanes que se embriagaban y embriagaban a los demás con sueños de oro y de horóscopos. El paso de la Alquimia a la Química y de la Astrología a la Cosmografía no fué solamente un progreso de los cono-

cimientos; fué también un progreso de las costumbres del conocimiento; fué el abandono por parte del investigador de una posición individualista en frente de la ciencia. El problema no se plantea para nosotros de un modo diferente. Mientras que en la situación precientífica actual cada historiador es tentado de un modo muy natural a buscar soluciones originales a problemas nuevos, el historiador científico se preocuparía, en primer lugar, de precisar las soluciones esbozadas por sus predecesores sin pretender en modo alguno cerrar la cuestión; acometería problemas abordados ya por otros antes que él, y, a menos que encontrase una solución definitiva (lo que está reservado a unos pocos afortunados), los dejarían abiertos a la investigación ulterior, sin cerrarlos por medio de conclusiones artificiales. Así, la Historia, en lugar de volver a empezar, por así decirlo, con cada historiador, podría irse acumulando de un investigador al otro. Antes de pretender brillar, el historiador intentaría ser científico, es decir, hablar el idioma convenido entre todos. Al hacer esto no sacrificaría nada de su libertad sino de su desorden. La Química y la Física tienen también una cantidad de convenciones (símbolos, unidades de medida) que todo el mundo respeta, y nadie piensa, por tanto, en hablar de tiranía. Estas convenciones no tienen mayor valor absoluto que el que podrían tener las convenciones de la investigación histórica, pero son cómodas y facilitan el trabajo.

Es posible que todos los ejemplos de organización que hemos puesto más arriba sean muy malos y que la organización deba ser buscada en una dirección completamente distinta. Son ejemplos encontrados por un solo individuo y que participan, como todo lo demás, del estado precientífico de las investigaciones históricas. Tienden solamente a desarrollar esta idea—sobre la cual, al parecer, pueden ponerse de acuerdo muchos—de que la investigación histórica en su estado actual de desarrollo necesita por parte del investigador una actitud moral e intelectual nueva, una cierta inhibición del «yo», un desarrollo de la solidaridad científica. Es esta actitud moral e intelectual—forjada en común por todos—la que constituiría la organización de las investigaciones históricas tal como nosotros la entendemos.

La organización de las ciencias históricas no surge espontáneamente.

¿Cómo se crearía esta actitud moral e intelectual? En el caso de las ciencias físicas que evocábamos hace poco, la investigación se ha organizado bajo el control y la presión de la realidad. Por una parte, las ciencias físicas, si bien pueden equivocarse durante algún tiempo, son rectificadas, en un momento u otro, por la experiencia. Por otra parte, las aplicaciones prácticas de la ciencia comprometen intereses considerables que exigen progreso y eficacia. Nada de esto existe en las ciencias históricas; aquí no hay experiencia posible y las aplicaciones prácticas son vagas o inexistentes. Una multitud de industrias dependen de las investigaciones de los laboratorios químicos; no pueden tolerar el desorden de las investigaciones. Pero ninguna presión exterior obliga a la Historia a dar un buen rendimiento; ninguna sanción automática

castiga el fracaso o recompensa el éxito de la investigación histórica. Las ciencias físicas se han organizado en los tres últimos siglos, por así decirlo, automáticamente; nada de esto se puede esperar en las ciencias históricas.

Podríamos afirmar que más bien sería todo lo contrario. La aplicación más importante de la Historia es la enseñanza de la Historia. Ahora bien, la enseñanza de la Historia, si es verdad que, por una parte, asegura la subsistencia de los profesores que constituyen la gran mayoría de los historiadores profesionales, representa, por otra parte, un inconveniente muy grave para la investigación. La enseñanza superior de la Historia tiene por función principal formar profesores de Historia de enseñanza secundaria; en consecuencia, los programas de la enseñanza superior siguen más o menos el modelo de los programas de la enseñanza secundaria, la cual debe tener en cuenta los de la enseñanza primaria.

La investigación se encuentra así falsificada en su base. El investigador no es un espíritu puro; como todo el mundo, debe comer, vestirse, tener una casa y mantener una familia. Uno de los pocos medios que tiene de ganarse la vida es obtener una cátedra de Facultad, y sus trabajos se hallan dirigidos, naturalmente, en este sentido. Pero, ¿qué probabilidades tiene un historiador que trabaja, por ejemplo, sobre las relaciones entre el Extremo Oriente y el mundo mediterráneo antiguo (probablemente uno de los temas más importantes de Historia) de obtener una cátedra? Se preferirá, para la cátedra de Historia de la antigüedad, a un especialista de historia griega o romana, para la cátedra de Sinología a un especialista de la China antes que a otros dedicados a estudios comparados y que habrán dividido sus esfuerzos entre ciertos campos que, académicamente, no se relacionan. De la misma manera, no hay lugar—o muy poco—para el estudio conjunto del arte y de la literatura, para el estudio conjunto de las literaturas de un grupo cultural, y, generalmente, para todo lo que sea comparación, para todo lo que afecte a muchas materias de examen. Los investigadores se ven obligados, para vivir, a especializarse con arreglo a planes perfectamente arbitrarios de la Historia tradicional y son sistemáticamente descartados de los problemas mixtos (que, sin embargo, son los más importantes). Seguramente son numerosos los historiadores que se resisten a esta presión; pero es que necesitan resistir; van contra corriente. En el actual estado de cosas, la investigación histórica, abandonada a sí misma, tendería más bien tendencia a degenerar que a organizarse.

¿Qué existe actualmente en materia de organización de la investigación histórica?

Entonces, ¿es que no se hace nada para la organización de la investigación en las ciencias históricas? En el sentido en que nosotros la entendemos, se hace muy poco.

1.º Los Institutos de investigación histórica (agregados a secciones de Facultad o dependientes de un Centro Nacional de la Investigación Científica) emprenden con frecuencia investigaciones por equipos. Sin embargo, como decíamos más arriba, estos Institutos reflejan demasiado a menudo la división

artificial de los estudios históricos. Además, que sepamos, no se consagran al problema mismo de la organización de la investigación histórica en general (técnica de la compenetración entre los investigadores, estudio del estado de las investigaciones, tipificación del lenguaje histórico, etc.).

2.º Las innumerables Academias de la Historia y las Sociedades de Historia local que desempeñaron un papel tan importante en el desarrollo de la Historia en el siglo XIX (publicación de fuentes, difusión de trabajos monográficos, organización de excavaciones), se encuentran en muchos casos anticuadas y ya no satisfacen a las necesidades de organización de la investigación actual.

3.º La sustitución de estas Academias y Sociedades de Historia está asegurada, hasta cierto punto, por las Asociaciones internacionales: Comité Internacional de Historia del Arte (fundado en 1912), Comité Internacional de las Ciencias Históricas (fundado en 1923), Unión Internacional de las Ciencias Prehistóricas (fundada en 1931), Federación Internacional de las Asociaciones de Estudios Clásicos (fundada en 1948), Asociación Internacional de la Historia de las Religiones (fundada en 1950), Federación Internacional de las Lenguas y Literaturas Modernas (fundada en 1951), Unión Internacional de Orientalistas (fundada en 1951), etc. Estas Asociaciones se han agrupado, en enero de 1949, en el Consejo Internacional de la Filosofía y de las Ciencias Humanas (CIPSH), bajo los auspicios de la UNESCO.

Todos estos organismos tienen como fin la cooperación internacional en las investigaciones históricas; aseguran una ligazón permanente entre los historiadores de los diversos países, coordinan la difusión de los trabajos, organizan Congresos y Coloquios y editan «corpus» y bibliografías. En los estatutos de dos de ellos—la Unión Internacional de Orientalistas y la Unión Internacional de las Ciencias Prehistóricas—se encuentra la expresión «organización de la investigación». La CIPSH, según las palabras de uno de sus Boletines, «desea que mientras continúa trabajando cada una en su campo, las diferentes organizaciones intercambien la mayor cantidad posible de informaciones y tengan en cuenta los trabajos efectuados y los resultados alcanzados en todas las ramas de las ciencias humanas». Preconiza la organización de Coloquios, «donde podrían encontrarse sabios de disciplinas diferentes»; intenta resolver en el dominio esencial de las bibliografías «los problemas de doble empleo entre las diferentes publicaciones o, en sentido inverso, llenar las lagunas existentes».

La CIPSH y los organismos que lo constituyen representan, por tanto, un progreso indiscutible en el camino de la organización de la investigación histórica. En adelante existirá el cuadro material de la organización. Sin embargo, el cuadro por sí solo no basta. Es necesario, además, que se desarrollen en los historiadores los hábitos intelectuales, o, como decimos más arriba, los nuevos hábitos morales de investigación que permitirán una plena utilización de las posibilidades que existan en adelante. Con demasiada frecuencia, los Congresos internacionales son una serie de monólogos sobre temas monográficos; y cuando hay una discusión colectiva, ésta recae sobre temas particulares. Desde hace diez años ningún Congreso, que nosotros sepamos, ha abordado el problema de la organización de las investigaciones.

De cuando en cuando aparece excepcionalmente un libro sobre estas cues-

tiones (la mayoría de las veces sobre periodología o método estadístico en Historia), y, todavía más excepcionalmente, un artículo de revista.

Leyendo los números de los tres últimos años de seis de las principales revistas históricas de Francia, Inglaterra, Alemania y Estados Unidos, la única alusión que hemos encontrado al problema de la organización de la investigación histórica se halla en una bibliografía en que se menciona un artículo de una revista checa: I. Polisky Libris Hrabova, «Algunas cuestiones sobre el método del trabajo histórico» (*Ceskoslovensky Casopi Historicky*, 1957, tomo I).

Fines y texto de la encuesta.

A fin de intentar salir del individualismo, hemos dado al presente trabajo la forma de encuesta. Hemos pensado que las respuestas de historiadores de todos los países y de todas las especialidades daría, mucho mejor que un estudio individual, una idea del estado de la cuestión.

El texto de la encuesta que hemos dirigido a los historiadores contiene en el anverso una exposición sucinta del problema de la organización de la investigación histórica (esta exposición ha sido desarrollada en las páginas precedentes y no la reproduciremos aquí) y al dorso un cuestionario cuyo texto es el siguiente:

- I. Apellido Nombre
- Dirección
- Nacionalidad Edad
- ¿A qué Centro de investigaciones históricas, Instituto o Universidad pertenece usted?
- ¿Con qué funciones?
- ¿Cuál es su rama de investigación (historia política, historia económica, historia del pensamiento, historia del arte, historia de la literatura, historia de la técnica, etc.)?
- ¿Por qué aspecto o época se interesa usted más especialmente?
- Trabajos publicados
- II. ¿Ha realizado ya (o intentado) algo en materia de organización de la investigación histórica?
- ¿Cuándo?
- ¿Por su propia cuenta o en el marco de un organismo de investigación histórica?
- ¿Cuál en este caso?
- ¿A cuáles de las siguientes categorías pertenecían sus realizaciones (o tentativas):
- a) Planificación de la investigación:
- reparto de investigaciones entre usted y otros investigadores;
 - reparto de investigaciones entre sus discípulos;
 - planificación de la investigación a una escala nacional;
 - planificación de la investigación a una escala internacional;
 - planificación de las investigaciones realizables entre varias disciplinas.

- b) Elaboración de medidas históricas exactas:
 - medida de la autenticidad y de la veracidad de las fuentes;
 - períodos históricos orgánicos (ciclos, generaciones, etc.);
 - sistema estandarizado para fechar los libros y obras de arte (publicación o composición, principio o fin de la composición);
 - unidades económicas (valederas para todas las épocas y todos los países);
 - sistema estadístico para las ciencias históricas.
- c) Comprobación sistemática de las fechas o cifras generalmente aceptadas.
- d) Sistematización de los resultados (clasificación y condensación de los trabajos existentes).

¿Ha publicado usted ya trabajos sobre la organización de la investigación en las ciencias históricas?

III. ¿Está usted de acuerdo en cuanto a la necesidad de una organización internacional de la investigación en las ciencias históricas, estandarización de las medidas históricas y planificación de los trabajos?.....

- ¿En qué sector pensaría usted colaborar?:
- estudios sobre las modalidades de planificación de los trabajos;
 - métodos y planes de clasificación, condensación, comprobación de los trabajos existentes;
 - preparación de unidades de medidas históricas.

Resultados estadísticos. Párrafo I: distribución de las respuestas por países y especialidades.

La encuesta fué enviada en el transcurso de los años 1957-1959 a 2.193 historiadores, profesores de Facultad en todas las ramas de la Historia (historia general, historia de las religiones, historia de las ideas, historia del derecho, historia de la economía, historia de las técnicas, historia del arte, historia de la literatura, historia de las lenguas, prehistoria, etc.), directores de archivos, conservadores de museos, presidentes o secretarios de institutos históricos, presidentes o secretarios de sociedades históricas.

Redactada en cuatro idiomas (alemán, inglés, español, francés), la encuesta se envió a 50 países:

Alemania.	España.	Líbano.
Argentina.	Estados Unidos.	Méjico.
Australia.	Filipinas.	Noruega.
Austria.	Finlandia.	Nueva Zelanda.
Bélgica.	Francia.	Pakistán.
Bolivia.	Guatemala.	Perú.
Brasil.	Holanda.	Persia.
Birmania.	Honduras.	Portugal.
Canadá.	India.	República Dominicana.
China (Formosa).	Indonesia.	Suecia.
Colombia.	Inglaterra.	Suiza.
Costa Rica.	Irlanda.	Tailandia.
Cuba.	Israel.	Unión Sudafricana.
Dinamarca.	Italia.	Uruguay.
Ecuador.	Japón.	Vaticano.
Egipto.	Jordania.	Venezuela.
		Organizaciones internacionales

El estado de las relaciones postales no nos ha permitido hacerla llegar a los siguientes países: Bulgaria, China continental, Hungría, Rumania, Checoslovaquia, Polonia, URSS, Vietnam del Norte.

Hemos recibido 325 respuestas (o sea 14,8 por 100) de 34 países.

La distribución de las respuestas por países es la siguiente:

Alemania, 44.	Finlandia, 1.	Méjico, 1.
Australia, 2.	Francia, 60.	Nicaragua, 1.
Austria, 2.	Holanda, 3.	Nueva Zelanda, 1.
Bélgica, 11.	Honduras, 2.	Pakistán, 2.
Brasil, 3.	India, 2.	Perú, 6.
Canadá, 2.	Indonesia, 1.	Portugal, 2.
Colombia, 4.	Inglaterra, 17.	Suiza, 7.
Costa Rica, 1.	Irlanda, 2.	Tailandia, 3.
Dinamarca, 2.	Israel, 1.	Unión Sudafricana, 1.
España, 18.	Italia, 63.	Uruguay, 1.
Estados Unidos, 40.	Japón, 17.	Venezuela, 1.
		Internacional (CIPSH), 1.

La distribución por especialidades es la siguiente:

Historiografía, 4.	Historia de la Filosofía, 6.
Historia general, 8.	Historia de la técnica, de la economía, de la población, de las clases sociales, 30.
Historia comparada, 3.	Historia del Derecho, 27.
Historia antigua (Egipto, Asia Menor), 3.	Historia de la educación, 6.
Historia antigua (clásica), 19.	Historia de la Medicina y Farmacia, 6.
Historia de la Edad Media, 25.	Historia general de la cultura, 4.
Historia moderna y contemporánea, 32.	Arqueología, 14.
Historia del Cercano Oriente, 4.	Historia del arte, 24.
Historia de la India, 2.	Historia de la música, 2.
Historia del Extremo Oriente, 13.	Historia de la literatura, 24.
Historia de América, 6.	Historia de las literaturas comparadas, 3.
Historia de África, 1.	Historia lingüística, 6.
Prehistoria, 6.	Sociedades históricas, revistas históricas, 4
Etnología y etnografía, 2.	Bibliotecas y museos, 2.
Historia de las religiones, 9.	Centros de investigación, 2.
Historia de la Iglesia, 10.	
Historia de las ideas políticas, 18.	

Resultados estadísticos. Párrafo II, 1 y 2: realizaciones anteriores.

Para la pregunta «¿Ha realizado usted, o intentado realizar, algo en materia de organización de la investigación histórica?», encontramos 214 sí (65,8 por 100) y 111 no (34,2 por 100).

Distribución en los principales países:

	Número de respuestas	Sí	Porcentaje	No	Porcentaje
Alemania	44	23	52	21	48
Bélgica	11	8	78,1	3	21,9
España	18	14	77,7	4	22,3
Estados Unidos.....	40	33	82,5	7	17,5
Francia	60	43	71,6	17	28,4
Inglaterra	17	9	52,9	8	47,1
Italia	63	32	50,7	31	49,3
Japón	17	11	64,7	6	35,3

Para las preguntas del párrafo II, 2, un historiador podía, evidentemente, haber tomado parte en varias de las actividades señaladas. El detalle de las respuestas afirmativas es el siguiente:

Repartición por países:

	Todos los países	Alemania.....	Bélgica.....	España.....	Estados Unidos.	Francia.....	Inglaterra.....	Italia.....	Japón.....	Otros países.....
a) Planificación de la investigación:										
— reparto de investigaciones entre usted y otros investigadores	79	10	6	6	16	7	2	12	3	17
— reparto de investigaciones entre sus discípulos.	102	12	5	11	10	23	4	14	1	22
— planificación de la investigación a una escala nacional	45	5	4	4	8	5	0	7	3	9
— planificación de la investigación a una escala internacional	40	8	3	3	7	5	2	4	1	7
— planificación de las investigaciones realizables entre varias disciplinas..	41	2	2	5	8	7	1	7	1	8
b) Elaboración de medidas históricas exactas:										
— medida de la autenticidad y de la veracidad de las fuentes.....	25	3	0	1	2	3	0	8	3	5
— períodos históricos orgánicos (ciclos, generaciones, etc.).....	26	5	0	4	2	5	0	5	0	5

	Todos los países.	Alemania.....	Bélgica.....	España.....	Estados Unidos.	Francia.....	Inglaterra.....	Italia.....	Japón.....	Otros países.....
— sistema estandarizado para fechar los libros y obras de arte (publicación o composición, principio o fin de la composición)	9	0	2	1	0	0	0	3	1	2
— unidades económicas (valederas para todas las épocas y todos los países)	4	1	0	0	0	1	0	2	0	1
— sistema estadístico para las ciencias históricas.....	16	0	2	1	1	3	0	5	1	3
c) Comprobación sistemática de las fechas o cifras generalmente aceptadas.....	20	2	1	2	1	4	0	5	1	4
d) Sistematización de los resultados (clasificación y condensación de los trabajos existentes).....	27	3	0	4	3	6	0	3	3	5

Para la pregunta del párrafo II, 3, «¿Han publicado ustedes ya trabajos sobre la organización de la investigación en las ciencias históricas?», solamente se recibieron 11 respuestas afirmativas.

Resultados estadísticos. Párrafo III, 1: oportunidad de la organización.

En la pregunta esencial de la encuesta «¿Están ustedes de acuerdo sobre la necesidad de una organización internacional de la investigación en las ciencias históricas, tipificación de las medidas históricas y planificación de los trabajos?», las respuestas se distribuyeron de la manera siguiente:

- 212 sí (65,2 por 100), de las cuales 25 fueron sí enfáticos (7,7 por 100).
- 44 sí con reservas (13,5 por 100).
- 21 no (6,4 por 100), de los cuales cuatro fueron no enfáticos (1,2 por 100).
- 6 no con reservas (1,8 por 100).
- 10 ninguna opinión (3 por 100).
- 6 piensan que tal organización ya existe (1,8 por 100).
- 9 se excusan (2,7 por 100).
- 17 no responden a esta pregunta (5,5 por 100).

Resultados estadísticos. Párrafo III, 2: colaboración eventual.

A la pregunta «¿Estarían ustedes dispuestos a participar eventualmente en los trabajos preliminares para una conferencia internacional sobre la organización de la investigación histórica?», 290 responden sí (sea directamente, sea indirectamente, indicando a continuación el sector en que ellos prestarían su colaboración), 12 responden no y 23 dejan la pregunta sin respuesta.

Lo mismo que para el párrafo II, 2, las respuestas son múltiples: numerosos historiadores estarían dispuestos a colaborar en varios sectores de la organización de la investigación. Exponemos a continuación una relación detallada:

	Todos los países	Alemania.....	Bélgica.....	España.....	Estados Unidos.	Francia.....	Inglaterra.....	Italia.....	Japón.....	Otros países.....
Planificación	99	5	3	5	11	23	3	27	2	20
Condensación, comprobación.....	83	9	4	6	5	21	0	19	2	17
Unidades de medida.....	37	4	0	2	3	6	0	11	2	8

JACQUES BOUSQUET.